

Justo antes de que me atraparan en casa, solo, triste y muerto ya de pena, casi podía apreciar lo que sería el primer libro de mi vida. Me llamaron asesino y me pusieron entre la espada y la pared. Antes de esposarme, pedí por favor terminar las últimas palabras de la novela. Ellos cedieron y yo escribí el final de aquel libro, dando por hecho que el siguiente final, sería el mío.

“Qué tanto nos quejamos de la vida, y qué falta nos hace cuanto más cerca está la muerte, maldita sea mi estampa.”

El preso, 24/11

Así terminaría mi vida, con el comienzo de una nueva historia, mi historia. Nunca dí mi nombre real a nadie, quizás a una sola persona, pero en mi libro aparecía el pseudónimo de “El Preso”. No porque mi nombre me disgustara, sino por la necesidad de que nadie conociera mi verdadera identidad. Pero tampoco esperaba que mi libro se publicase nunca, quien querría leer un libro escrito por un asesino. Sabía que iba a ser apresado algún día y ya lo tenía asumido. Sabía que no me había portado bien con la vida, ni con algunas personas, que hoy descansaban bajo tierra.

“Me acuerdo de lo muertos que están todos ellos, todos ellos muertos por mis manos están, que con las manos más impuras maté a cientos, y no por eso conseguí mi libertad.”

El preso, 28/11

Por suerte, pude seguir escribiendo durante mis últimos días en aquel lugar de mala muerte. La escritura me hacía olvidar lo que venía después y disipaba el característico olor del encierro.

La celda era minúscula y fría. Al fondo de la estancia, un tablón de madera servía para tumbarse y dormir. Una manta vieja y mil veces cosida, era el único abrigo que me proporcionaban para pasar las frías noches de invierno de aquella pequeña ciudad perdida de la mano de Dios.

Había una pequeña y destartalada ventana con barrotes viejos y oxidados, por donde las ratas entraban y salían a su antojo. Desde aquel pequeño hueco de luz, se podía ver la colina donde se alojaban los patíbulos, sobre los cuales colgaríamos todos los que estamos hoy aquí. Sin embargo, no se oían alaridos de dolor ni sed de muerte y justicia, sino el cantar de los pájaros y el silbido del viento colándose entre los barrotes del ventanuco y, que a mis oídos, parecían una canción de calma y paz, en medio de todo este caos.

La estancia estaba llena de la mugre y sangre derramada por anteriores presos, que antes de asumir su final, prefirieron darse muerte ellos mismos. No por miedo, porque nadie termina condenado por miedo, el miedo aquí es para imbéciles. Cualquier criatura que aquí termina no siente miedo, siente rabia e impotencia, no siente tristeza porque la tristeza no va a cambiar su final. La única tristeza que puede tener un preso es la de su familia, a la que ha abandonado inconscientemente.

Eso, si es que el desdichado tiene familia, pues multitud de presos perdieron a suya, fueron rechazados por ella, o simplemente, eran niños que escaparon de orfanatos buscando el intento de una vida mejor. Ellos estaban aquí por el mero hecho de su arrepentimiento, o mejor dicho, de su no arrepentimiento.

Queda reflejado cada arañazo en la pared, como símbolo de un día más y como señal de un día menos. A todos nos llega la hora, a unos antes y a otros después, pero todos estamos destinados a nacer para morir. Sé que no me queda mucho tiempo, las horas, los minutos y los segundos se vuelven eternos cuanto más cerca estoy de irme.

El clérigo de la ciudad viene a verme. No tengo fuerzas para confesarme. Nada le falta a un siervo del Señor, y más a él, que más de una vez ha tomado un buen puñado de las limosnas para los necesitados cuando nadie le veía. Que alguien me despierte si estoy soñando.

– ¿Padre de verdad es el final?

– Hijo, no temas a la muerte, tu alma se purificará y conseguirás la vida eterna.

En un instante, el asesino de mi interior se disipó y mi valentía se esfumó en cuestión de segundos, dejando al descubierto lo que realmente había en mi interior, un hombre con miedo. Noto que algo quiere escapar de mi interior y no lo impido. Las lágrimas brotan de mis ojos, traicionando mi falsa serenidad, ¿por qué estoy llorando? Se supone que no temo a la muerte.

Me armé de valor para decirle al clérigo:

-Padre, todos los que en algún momento están aquí, no esperan otra cosa que un encierro miserable, insultos y escupitajos de gente gritando justicia y un camino lleno de baches y burlas, caídas y violencia, para terminar suspendido por el cuello ante un final, que tras todo el camino y pese a dicha humillación, podemos considerar en paz. ¿Eso es la purificación y el paso a la vida eterna de la que hablas, padre?

El sacerdote no profirió palabra alguna, se levantó y se acercó a mí con la intención de susurrarme algo:

– Púdrete en lo más profundo de la Tierra hijo, ni los castigos allá impuestos serán suficientes para purificar tu maldita alma.

– Los dos somos asesinos Padre, le espero en el infierno.

Un asesino puede o no arrepentirse de sus pecados y yo no me iba a echar atrás. No iba a mendigar compasión después de lo que hice. Me asestó una bofetada y quedó marcada en mi mejilla su mano con todos los anillos que llevaba puestos. Después llamó a los guardias para que me llevaran a la horca.

No lo pensé dos veces cuando me sacaron de aquella celda finalmente, mi hora había llegado, todo había terminado para mí y yo estaba de acuerdo, después de vivir entre las sombras y frecuentar lugares de mala muerte todos los días. No me arrepiento, pero tampoco me siento orgulloso de todo lo que hice. Era el momento de descansar en paz de una vez por todas. Solo los que no son de este mundo sabrán cual será mi destino. Seré un ángel más, condenado al silencio frío contrastado con el ardor del Inframundo, regulando mi alma etérea.

Volví por un instante al mundo real y oí un grito limpio entre abucheos e insultos, creo que era un hombre bueno, un comerciante quizá, por el tono de pregonero de mercado que poseía:

– ¡Dios está contigo!

Si Dios está conmigo, ¿por qué me deja ir? Creo que estoy fuera del alcance de Dios. Creo que ya me dio por muerto. Creo que las cicatrices del pecado que mi cuerpo padece no sanarán nunca. El final está cerca, no voy a consentir un lamento más, no merece la pena. Mi alma se ha concienciado de mi partida al más allá, sabe que esto se acaba, pero también sabe que algo nuevo empieza. Muy pronto andaré perdido y solo entre los muertos, como uno más. Lamentándome y ateniéndome a las consecuencias de mis imprudencias.

Castigado por toda la eternidad con sufrimiento y desesperación, envuelto en la rutina del dolor. Rezando en vano para que termine mi condena, fallándome a mí mismo.

Mientras camino hacia mi final, veo toda mi vida pasar ante mí, hacía mucho tiempo que los recuerdos no me visitaban. Al fondo, una sombra al atardecer de un insensato con la soga al cuello, deseoso de irse para siempre. Un infeliz que lo dio todo por amor. Es un idiota, pues avisado estaba de lo que ocurriría si desvelaba sus secretos más oscuros.

“El amor, el veneno dulce, el doble filo del cuchillo, la belleza de la rosa y la traición de sus espinas, es tan hermoso caer en ese abismo. Estado de felicidad semejante a un sueño, que se termina una vez se despierta, para presenciar la realidad, la cruda realidad. Un beso puede ser una traición. Ella fue mi Judas amada y yo su Jesús destinado a morir tras su beso del demonio.”

El preso, 23/06

Dejo mis pensamientos a un lado durante unos instantes cuando noto que mis pies se han separado del suelo de forma violenta, empiezo a dejar de oír los abucheos y las voces. Comienzo a notar la falta de oxígeno, la cuerda abraza mi cuello tan fuerte que siento como va dejando sus marcas, las marcas del final, mientras deja suspendido el resto de mi cuerpo moribundo. Dejo que el viento me arrulle unos segundos antes de marchar, volviendo a ser un niño inocente, sin maldad alguna. Apiadándome de mí mismo, y presentando mis disculpas por todo lo que he hecho. Finalmente, pongo todos mis recuerdos a descansar en paz.

Espera...

- ¿Cómo puedo seguir vivo? ¿ Qué broma de mal gusto es esta?
- Ninguna Preso, realmente has muerto.

Miro unos instantes a mi alrededor y veo mi cuerpo frío y sin vida colgado de aquel patíbulo, no consigo saber qué es lo que está pasando ahora mismo. Giro la cabeza para ver quien es aquel ser extraño que me está contando todo. Veo una túnica negra desgastada y rota, que tiene forma humana, pero no consigo ver su cara, simplemente dos destellos en su capucha que intuyo serán sus ojos, tiene voz de mujer, una voz angelical, me gustaría saber quien es.

– Por si lo preguntas, ese es tu cuerpo terrenal, has muerto, pero solo en la Tierra. Sin embargo, tu aspecto celestial está intacto, como puedes comprobar. Sobre mí, solo diré que todo el mundo me conoce, pero no soy bienvenida en ningún sitio.

– Además de extraña, puedes leerme la mente, bueno saberlo, pero sigo sin entender nada.

– Verás Preso, normalmente el alma de los fallecidos sube al cielo para alcanzar la vida eterna, en otros casos permanece en el limbo unos días para purificar algún que otro pecado venial. Por el contrario, si se han cometido pecados imperdonables o hay algo que le impide subir al cielo, lo dejamos a cargo de Satanás.

– En ese caso, ¿dónde están las escaleras de bajada?

– No vas a ir al infierno.

– ¿Entonces voy a subir al cielo?

– Siento decirte que no.

- Me quedaré en el limbo durante un tiempo?
- Algo así, no perteneces a ningún lugar, no sé como podré ayudarte, siento que tu alma está rota, tu espíritu está presente pero no sabe cómo seguir.
- Supongo que será cuestión de buscar una solución.
- ¿Alguna vez has oído hablar de la verdadera historia de Lucifer y los Infiernos?
- No, pero no me importaría escucharla.

- En la parte más hermosa del cielo, los ángeles, los arcángeles, los santos y las almas de los difuntos viven felices en el reino de Dios, pues todo el mundo merecía su sitio allí. Todos los ángeles vivían allí hasta que nació Lucifer. Los ángeles son seres que únicamente puede concebir Dios. O eso se creía, pero Eva, la primera mujer de la Tierra, intentó crear uno a partir de rituales mágicos.

Era una mujer muy astuta e inteligente, con una capacidad de seducción muy alta. Así pues, mientras un día se daba un baño en el mar, fingió ahogarse, Dios inmediatamente envió un ángel en su rescate y con su labia lo sedució.

Él le prometió que haría cualquier cosa por ella, y Eva le pidió que mientras Dios creara un nuevo ángel intentara descubrir cuales eran los ingredientes y el procedimiento. Tras esto, el ángel subió al cielo y espió a Dios mientras creaba un nuevo ángel.

Siete días después, el ángel bajó en busca de Eva y le dijo lo que necesitaba. Eva se puso manos a la obra y empezó a recolectar lo que necesitaba. Solo cambió algunos ingredientes por falta de ellos.

Primero buscó un recipiente para guardar los rayos de luz de Dios en un frasco y se extrajo la costilla de Adán de la cual se formó.

Al caer el sol, el ángel enamorado bajó para pasar la noche con su amada.

- No sabía que Eva era así.
- Incluso tuvo un hijo de ese ángel y otro de Adán. Supongo que sabes quienes son Caín y Abel. Pues bien, Caín era hijo de Adán, mientras que Abel era hijo de aquel ángel y Eva. Era un gran chico, pero Caín lo asesinó cruelmente.
- Eso significa que si Abel hubiera sobrevivido, ¿todos nosotros tendríamos sangre de ángel corriendo por las venas?
- Se puede decir que sí, pero solo en el caso de los humanos, yo no estoy incluida ahí.

– ¿Tampoco eres humana?

– Seguiré con la historia. Eva arrancó siete plumas de las alas del ángel, se acercó al mar y dio siete pasos adentrándose en él. Vertió las siete plumas del ángel en el mar, abrió el recipiente y dejó caer siete rayos de luz sobre las plumas y después hundió la costilla de Adán en la arena. Finalmente recitó las palabras que Dios usaba para crear a los ángeles.

El mar quedó completamente quieto y se abrió como si un cuchillo hubiese cortado la liquidez del agua salada. La costilla levitó y comenzó a destellar y se perdió dentro del ser antropomórfo que se estaba formando.

Después las plumas volaron hacia la criatura y se introdujeron en su boca. El cuerpo entró en una especie de trance. Sus ojos brillaban, su cuerpo estaba suspendido en el aire. De pronto, de su espalda brotaron dos hermosas alas negras.

– ¿Un ángel de alas negras?

– Una vez creado, el ángel cogió a Eva y la llevó a la orilla. El alba llegó y los rayos del sol, bañaron el cuerpo del ángel por primera vez. Eva miró unos segundos el amanecer y después a la criatura que había creado. De manera inesperada, el ángel preguntó por su nombre.

Ella, viendo la luz que caía sobre la criatura, decidió que sería el portador de luz, el de la estrella matutina y lo llamó Lucifer. Eva llamó al ángel enamorado para que lo llevara con él al cielo y le enseñara a ser un ángel, y así se hizo.

– ¿Entonces que era lo que creó Eva?

– Lucifer era un ángel, por supuesto, pero diferente a los demás. Sus negras alas le delataban, su bondad y humildad se ganaba la admiración de los demás ángeles, que lo adoraban como un dios más, pues se creía que su bondad era mil veces mayor que la del Señor de los Cielos. Y el Señor es bueno, o eso creía Lucifer.

Dios, pese a sus bonanzas y a todo su poder, sentía como la envidia le corrompía al ver a Lucifer siendo más servicial, humilde, e incluso, mejor que él. Y eso no podía pasar. Dios le propuso una oferta; dejar el reino de los cielos y quedarse con el reino que Él le dejara.

Así pues, Lucifer preparó todo para marchar. Dios le llamó, estuvo esperando siete días enteros, en la calle, aguardando a que Dios le dejara entrar.

Al amanecer, la puerta de los aposentos del Altísimo se abrió y el ángel entró. El señor de los cielos estaba nervioso y encima de su mesa, había un papel. Le ofreció con la mano temblorosa una pluma cargada de tinta. Solo tenía que firmar ese papel para conseguir su nuevo reino.

Dios solo dijo, que una vez firmado, no podría echarse atrás. Lucifer no lo pensó dos veces y firmó el tratado, que curiosamente, estaba en blanco. Tras firmar, en el tratado comenzaron a aparecer letras. El ángel leyó detenidamente. No pudo creer lo que Dios le había otorgado, permanecer en el reino de los Infiernos por toda la eternidad, siendo su rey, condenando gente, siendo el malo. Tras esto, Lucifer cayó al abismo, la estrella había caído. La venganza sería terrible. Lucifer nunca hizo nada malo, era inocente, y el mismísimo Señor se aprovechó de ello.

– Pero la Biblia no dice eso, ¿verdad?

– Ciertamente, pero el cristianismo tiene a Dios como el Todopoderoso, por lo que es imposible que sea el malo. Es por ese motivo por el que debes cuestionarlo todo y pensar las cosas dos veces.

– Es verdad que antes de mi muerte tuve algún que otro percance con la Iglesia.

– Espero que aquel cura que te abofeteó antes de irte pague por ello.

– Según la Biblia, los ángeles fueron creados por Dios antes que los humanos, ¿qué pasó con Lucifer? ¿Cómo fue capaz de llevar al pecado a su propia creadora?

– Verás hijo, Lucifer es una excepción por haber sido creación del ser humano, concretamente de la primera mujer humana, es por eso que, desde largo tiempo, se ha considerado a las mujeres como evocadoras del mal. Eva tuvo la inteligencia de crear un ángel por su cuenta, mientras que Adán seguía paseando por la isla desnudo, pues tenía todo lo que necesitaba allí.

Sin embargo, Eva no se conformó y decidió hacer uso de su inteligencia, eso es lo que hace a Eva evocadora del mal, el ser inteligente, no conformarse y conseguir sus propias metas.

Respecto a cómo se cometió el Pecado Original; todo sucedió tal y como dice la Biblia, pero los motivos no eran los escritos en ella. Lucifer sabía de la maldad con la que Dios lo había enviado a los infiernos y la venganza era lo único que le quedaba para luchar contra él, para separarnos del peligro que corríamos. Eva había creado un ángel y Dios no se lo iba a perdonar.

– Ahora tiene sentido pero, ¿qué tiene que ver esto con lo que me ocurre a mí?

– No perteneces a ningún lugar, lo que significa que vagarás errante en la Tierra hasta que encontremos tu sitio. No eres bueno, pero tampoco malo, en tu memoria puedo leer tus pensamientos, incluso los que tenías días antes de morir. Algo me dice que no estás orgulloso de lo que hiciste, que te arrepientes. Por suerte y, al contrario de Lucifer y Dios, puedes corregir tus fallos cuando me des un motivo realmente importante, un motivo que me convenza y pueda ayudarte a

corregir alguno de tus errores.

- Agradezco tu consideración, pero no sé si es buena idea lo de corregir errores y lo de cerrar heridas. Además ¿qué conseguiría con eso?
- En tus manos queda, tú decides lo que quieres hacer. No sé qué supondrá corregir algunos de tus errores, pero si no lo intentas, ten por seguro que no saldrás de esta eternidad nunca.
- Necesito que alguien me guíe, dime que serás tú y trato hecho.
- De acuerdo, dame tu mano, sellemos el pacto.
- Hecho está.

El miedo se apoderaba de mí, acababa de morir, de convertirme en un fantasma, de conocer una mujer, o más bien, alguien o algo sobrenatural, que lleva aquí más de lo que un humano puede vivir, pues parece que lo sabe todo, incluso más de lo que sabemos los humanos hasta hoy. Además interfiere en el reino celestial, habla con las almas y las guía en su camino a la eternidad. Sabía una realidad alternativa a la de la Biblia y, a juzgar por la seguridad con la que ha contado la historia, puedo confirmar que no miente, que está en lo cierto.

Es curioso la manera en la que me trata, me resulta muy agradable y, por si fuera poco, me parece tan familiar su voz, y tan distante su ser,... es como si ya la conociera, como si ya me conociera. Como si estuviésemos fingiendo ser extraños. Volvía a ser un huérfano en tierra de nadie, excepto ella.

* * *

La Muerte también pensaba, era un ser sobrenatural con aspecto de mujer espantosa y oscura que levitaba y vigilaba que cada alma fuese a su lugar correcto. Ser la muerte significaba inmortalidad, vivir desde los inicios de la Tierra, antes que Dios quizás.

Todo el mundo le tiene miedo a la muerte, menos el Preso, que me había recibido de muy buena gana. Él me conocía, pero aún no se había percatado de quién era realmente. Él era un espíritu errante, sin lugar a donde ir y yo era quien se había apiadado de él. No debería hacerlo, debería seguir las reglas y dejarlo solo contra el mundo celestial. ¿ Por qué hago esto?

Se supone que yo no ayudo a cambiar el destino de nadie, solo puedo ayudar a las almas a ser enviadas a su eternidad. Pero él es especial, algo me dice que no es un alma cualquiera.

Algo no iba bien, era un asesino, merecía vagar en los Infiernos, pero el Señor Oscuro lo repudió, al igual que el mismísimo Dios. Pues uno decía que era demasiado bueno para bajar a los Infiernos, mientras el otro, lo tachaba de no ser lo suficientemente bueno para subir al Cielo.

Cuando los señores del mundo del más allá se lavaron las manos ante la situación del Preso, no pude negarme a ayudarlo, algo me llamaba guiarle, a protegerle, no sabía lo que era. Por primera vez me siento confusa y perdida, tanto o más que aquel preso. Necesitaba respuestas, ¿pero quién me las iba a dar? Creo que lo primero que debería hacer es conocerle de manera más profunda.

* * *

– Y bien, ¿cómo era tu vida pasada?

– Pues como ya sabrás, era bastante miserable. Según tengo entendido, era hijo de una mujer de clase baja que desapareció meses después de mi nacimiento. Pasé toda mi infancia en un orfanato. Las tutoras nos enseñaban a base de sangre y violencia, así pues, yo como muchos otros, que estuvieron expuestos a esas mismas condiciones, terminaron igual o parecido a mí. La vida es la que es y ni se elige ni se puede cambiar. Tonto de mí, que solo siendo muchacho, decidí escapar de allí; como si salir de aquel lugar repugnante fuese a cambiar mi vida.

Era de noche, las nubes lloraban esperanza y frío. Llevaba esperando este momento tanto tiempo, más de lo que imaginas. Todo estaba hecho. Solo éramos unos niños reprimidos en el silencio y la inhumanidad, pues nunca nos habían tratado como humanos. Era algo que realmente deseaba que se terminase, el gran día había llegado, y nadie iba a echarse atrás, no ahora. Recuerdo lo felices que estábamos aquel día, el sufrimiento se terminaría al fin, o eso creíamos.

Todo estaba planeado tal como dijimos, nada de cosas innecesarias, solo lo más importante.

Recuerdo que solo cogí un par de mudas para el trayecto, algo para comer y la foto de mi madre. No la conocía, puesto que me separé ella cuando era muy pequeño, pero algo me decía que debía encontrarla cuanto antes. No lo pensamos dos veces cuando saltamos aquella valla, era nuestra única salida a la libertad, no la podíamos dejar pasar.

Recuerdo que después de eso fuimos al bosque y decidimos separarnos. Pronto comencé a trabajar en un lugar miserable, donde el dueño de las fincas me apaleaba y magullaba si tenía el más mínimo fallo haciendo los trabajos más duros.

Una vez estuve toda la mañana arando una de sus tierras, hacía un calor infernal y estaba bastante débil, por lo que pensé en tomar un descanso a la sombra de un chaparro frondoso.

Cuál tragedia fue la mía al despertar de una bofetada que el dueño me asestó. Tras esto, unos cuantos sermones y un par de bofetadas más, me echó a la calle. Pero a esa edad era lo suficiente mayor para vivir solo.

Nunca había sido propietario de mí mismo, siempre había sido alguien quien me dictaba lo que

tenía que hacer. Para conseguir mi libertad, me guié por la intuición.

Por las mañanas trabajaba en el campo cobrando una miseria y por las noches, me dedicaba a escribir, cualquier tema era bueno. Al principio solo escribía narrativa, pero con el tiempo me atreví con la poesía. Era la cosa que más me gustaba en el mundo, después de ella.

– ¿Ella?

– Sí, ella. Tenía un nombre tan bonito que solo con saberlo, ya se podría imaginar la gran belleza que poseía, se llamaba Charlotte.

Ella era la mujer de mi vida, su sonrisa era como el sol. Sus cabellos eran finos y largos hilos de cobre, que reflejaban la luna en las noches más oscuras. Sus pecas eran como estrellas en el firmamento de su cara. Sus ojos la mar en calma. De vez en cuando había alguna tormenta y yo, era un pirata batiéndose contra la tempestad de sus ojos. Hundía mi barco y yo caía al mar.

Nadaba hacía la orilla, donde la muerte me esperaba. Pero recorrer su cara milímetro a milímetro me bastaba para volver a la vida. Su nariz se asemejaba al monte Olimpo, puntiaguda y colmada por los dioses. Igual que todo su cuerpo, esculpido por estos. No llamaba al pecado, era arte, arte que ningún pintor sería capaz de pintar nunca, pues nadie del mundo terrenal sabría plasmar tanta belleza, belleza que solo yo podía admirar, o eso me gustaba creer.

El preso, 26/04

– Recuerdo, cuando apenas éramos unos críos, unos meses después de haber huido del orfanato, era verano por aquel entonces y allí, junto al río, todos los niños nos bañábamos cuando no teníamos nada que hacer. Al final del verano, partió con su familia materna a otro lugar, tras la muerte de su padre. Éramos unos niños, le prometí esperarla el tiempo que fuese necesario, y que movería cielo y tierra para encontrarla. Recorrería cada parte del mundo conocido y cruzaría los siete mares, daba igual si era en navío de portento o en un humilde barco de vela.

– ¿Volvió?

– Volvió unos años después, siendo la mujer más hermosa que mis ojos habían visto en mucho tiempo. Nos encontramos y nos quisimos, como nos hemos querido siempre. Compramos una pequeña casa vieja al lado del río. Ella misma pagó la mayor parte de la casa.

Más tarde me confesó de donde había sacado esa fortuna, a lo que se había dedicado fuera. Al principio no supe como reaccionar y me fui de casa un tiempo, pero, tras unos días, volví. ¿Qué importaba su trabajo si realmente me quería a mí?

Ella trabajaba en aquel prostíbulo, era fuerte y traía la mayor parte del dinero a casa. Dinero que yo gastaba todo en humo y copas. Rara vez estaba en casa. La rabia me corría por dentro, cada vez que se iba, pero yo la amaba y me mordía la lengua una y mil veces cada vez que atravesaba esa puerta. Yo mismo torturaba mi confianza hasta tornarla de cristal, para después arrojarla con fuerza al suelo y hacerla mil pedazos. Mientras, me hervía la sangre y me perdía una noche o dos a la intemperie. Y allí me la encontraba cuando volvía a casa, sentada con la comida para los dos en la mesa, esperándome, como hacía siempre.

La estreché entre mis brazos y le di mi confianza y mi comprensión, pues era un trabajo tan digno como cualquier otro. Lloré como un crío al saber que el dinero que traería a casa sería para los dos, para escapar de este maldito lugar, para poder ser felices.

Pero un señorito que frecuentaba la casa de citas le ofreció un mayor negocio que el que tenía entre las piernas, el final de su desdicha, de su prostitución. Ella me quería, estoy seguro, pero el dinero lo quería más. Así fue como me dejó solo en aquella casa de mala muerte. Me cambió por aquel señorito, que le daba todo lo que quería, menos amor. Me pasaba las noches sin dormir, la tristeza bañaba mis ojos, la melancolía me corría por las venas y la soledad era mi única compañía. Ahí, cuando más solo me sentía, descubrí mi verdadera pasión, mantener mi vida a cambio de la de los demás, un trato vil y cruel que me hacía sentir vivo.

– ¿Quién era aquel hombre?

– Un malnacido rico, gustoso de las mujeres. Pero no duró mucho con ella, pues antes de que pudiera figurarlo, le visitó la muerte. O más bien, le visité yo.

“Era una noche clara, sin una nube, por lo que las estrellas brillaban plenamente. La luna estaba llena y coronaba el cielo añil que descansaba plácidamente sobre el horizonte.”

El preso, 19/03

– Él había salido aquella noche con otra mujer, para no variar, pues tenía de todo este hombre, menos fidelidad. Lo seguí durante toda su salida. Tras dejar a aquella mujer en su casa en plena madrugada, volvió a casa. Pasó por la calle menos transitada de todas, la más oscura y la más tenebrosa, si se le puede llamar así. Él cruzaba la calle despreocupado, sin peso de conciencia, tan tranquilo como si no hubiera roto un plato, jugando con sus anillos de oro.

Mirando la hora de vez en cuando.

Caminaba lentamente, yo me encontraba a pocos pasos de él pisando a su misma vez para que los pasos sonaran al unísono. En un instante paró en seco y se dió la vuelta. Pero nadie había tras él.

Intentó retomar su camino, pero quedó paralizado por el miedo cuando vio ante él la figura de un hombre sosteniendo un hacha. El hombre centelleaba furia por los ojos y la rabia emergía de su ser. El hacha que portaba reflejaba la luz de la Luna, aportando algo de claridad a la cara del asesino. Era yo. No lo pensé dos veces cuando me abalancé sobre él, que aún paralizado por el miedo, no opuso resistencia alguna.

Le dejé decir unas últimas palabras. Él simplemente dijo que a cientos mujeres había llevado a la cama mientras estaba con Charlotte y que no se arrepentía lo más mínimo. Al oír aquello, con un tono de voz tan indiferente, desaté mi ira. Di un grito al cielo y lo atravesé con el hacha innumerables veces. La camisa blanca que llevaba puesta se fue resquebrajando y tiñéndose roja por la sangre que fluía hacia el exterior, como un río desembocando en el mar. Por alguna razón que desconocía, empecé a reír, creo que me divertía verlo morir. Las voces de mi cabeza decían que era lo correcto.

Su cuerpo se retorció de dolor y sus alaridos se fueron ahogando cada vez que abría una nueva herida. Intentó golpearme, pero no sirvió de nada, yo había perdido la cabeza y cada gota de sangre que expulsaba su cuerpo rebajaba las ansias de venganza que tenía. Tras un soplo de viento, el silencio se adueñó de los alrededores. Aquel soplo de viento lo llevó a la otra vida. Fue un placer tomarme la justicia por mi mano. Por alguna razón, le cogí el gusto a saldar cuentas yo solo.

Por este motivo me convertí en un asesino, un asesino que mató más gente de la que imaginas, un asesino que sabía que más tarde terminaría preso y finalmente, un ahorcado más. Porque ella no se merecía vivir en un engaño.

– ¿Todo fue por ella?

– Sí, realmente la amaba, por eso la dejé ir, pero ella era infeliz con aquel malnacido y decidí ponerle fin a su desdicha. Sin embargo, cuando el señorito murió, la echaron de aquella casa. Y como se puede imaginar, el único sitio en el que se pudo alojar era en el prostíbulo en el que había dejado de trabajar cuando decidió abandonarme ¿Que irónico verdad?

– ¿Sabes donde podría estar en estos momentos?

– La verdad es que no. Me hubiera gustado que volviera a casa, pero ya no era seguro, ya no era el hombre de antes, pues una vez se asesina a alguien, ya no se puede parar, en cuestión de meses dejé de ser un hombre para convertirme en el asesino más buscado de toda la ciudad.

“Obtenía lo que quería con violencia, usaba la muerte como venganza, conseguía sobrevivir callando gentes, poniendo cuchillos al cuello y amenazando con terminar con la vida de los demás. Vivía mintiendo y llorando. Me había vuelto loco, loco por ella. Era una vida arriesgada, en la que mucha gente quería acabar conmigo, y si la mataban a ella, realmente estaría muerto. Si la perdía a ella, me quitaban el alma y se esfumaban mis ganas de vivir.”

El preso, 25/10

– Recuerdo que solo la pude ver unos meses antes de que me apresaran. Me dijo que no debía estar allí. Pagué y entré en la casa de citas como un cliente más. Solo pagué para hablar con ella, para decirle lo que había hecho con el señorito, para mostrarle en lo que me había convertido. Ella horrorizada me pidió que me callase y todo lo que pasó después era lo que solía pasar en un prostíbulo. Ahí me dí de bruces con la muerte.

– ¿A qué te refieres?

– A que ella fue quien confesó a la policía lo que había hecho. Ahí fue como comenzó el principio de mi fin. Sabían donde vivía, mi aspecto y mi cara, pero no mi nombre, lo que hizo más complicado que me pillaran, aunque antes o después lo iban a hacer, así fui a un pueblo cercano y cogí todas las provisiones posibles, me encerré en casa y me puse a escribir. Lo único que quería en esos instantes era terminar mi libro e intentar publicarlo.

– ¿No pudiste verdad?

– Mala suerte la mía que instantes antes de finalizar mi libro, la policía derribó la puerta y justo un momento antes de que pudiera percatarme, habían subido a mi habitación, donde me encontraba escribiendo. Conseguí terminar mi libro, pero no pude publicarlo. Después me llevaron a la cárcel y a partir de ahí....

– A partir de ahí tus pensamientos en torno a la muerte fueron tan intensos que de alguna manera me llamaron para saber cual sería tu destino. Algo más allá de mi presencia en el mundo como la Muerte.

– ¿Todo el tiempo eras tú? ¿Cómo no se me ocurrió antes?

– Sencillo, cuando moriste sentías miedo, destinado a vagar errante hasta que se encontrase una solución. Una solución que te dio una señora misteriosa de la cual no tenías la más remota idea de su identidad. Seguramente te preguntabas quien era, pero tu ser saturado por todo lo sucedido en un periodo tan corto de tiempo como este, te nubló los pensamientos.

- La Muerte misma se ha apiadado de mí ¿por qué razón?
- Porque confía en ti, porque cree que es lo correcto y espera no equivocarse.
- ¿Qué quieres decir con eso?
- Que te voy a dar la oportunidad de la que te hablé tiempo atrás.
- ¿Estás diciendo que este va a ser mi primer intento de corregir errores y cerrar heridas?
- Efectivamente. Has logrado convencer a la muerte para que te ayude.
- ¿Cuáles fueron los argumentos que te convencieron?
- Desde el primer momento que llegaste al mundo celestial supe que tenías miedo, que no eras un mortal cualquiera y las negaciones de Dios y Lucifer lo confirmaban. Así pues, decidí ayudarte. Mientras me contabas la historia de tu infancia me emocionaste, algo impensable para la Muerte, que debe mantenerse al margen de los sentimientos en todo momento. Tu sueño de conocer a tu madre, de la que solo poseías una foto, me pareció muy tierno.

Cuando dijiste todo lo que había hecho tu mujer, se me partió el corazón, porque pese a todo la amabas y tenías el perdón presente. Nunca trataste de herirla, antes preferías huir y eso es muy noble por tu parte, igual que la manera en la que respetabas su trabajo sin menospreciarlo en ningún momento. Cierto es que no fue nada correcto asesinar a todas esas personas, pero veo el arrepentimiento en tu ser. Además tu libro es una obra de arte, mereces que el mundo entero la conozca.

- ¿Cómo estás tan segura de que mi libro es realmente una obra de arte?
 - Cada vez que hablabas incluías en tu mente un fragmento de tu libro para ayudarte a recordar, cualquiera lo hubiese notado al instante. Puede que no lo recuerdes, pero puedo oír lo que piensas, veía como recorrías con tu voz cada línea, letra por letra. Recordando cada palabra tal y como viene en tu libro.
- Solo he oído fragmentos sueltos y ya pienso que es maravilloso, con lo cual, leerlo entero sería un placer.
- Es genial que te guste, pero prefiero ayudar a mi mujer antes que publicar un libro que nadie leerá. No creo que a nadie le guste leer algo de un asesino, de un preso, de un ahorcado.

– Es cuestión de probar, ¿porque no intentarlo y así salimos de dudas? Puede ser la clave para ayudar a tu mujer.

No respondí nada, me limité a reflexionar lo que dijo la Muerte sobre como ayudar a Charlotte. Haría lo que fuese por ella, no se merece ser infeliz. Se merece ser la persona más dichosa del planeta Tierra ¿lo merecía después de lo que me había hecho? Igual soy un ingenuo y un estúpido, pero algo me decía que sí. Que ayudarla sería dar un paso más cerca de encontrar mi lugar en el plano celestial. De pronto una idea nace dentro de mí, primero muy suave, tan invisible que apenas la podía apreciar, pero cuanto más la pienso más intensa se hace, tanto que hace brillar todo mi ser, siento como parpadeo a la misma vez que ella, fusionándome con mis propios pensamientos. En un instante, mi ser se vuelve pesado. Siento como si perdiera el equilibrio ¿los espíritus pierden el equilibrio? Noto como caigo al vacío sin nada a lo que sujetarme.

– ¿Hay alguien ahí?

Me pregunto esperando a que la Muerte me sostuviera en el aire y me llevara a un lugar seguro mientras me contaba una de sus macabras historias. Pero no viene, me siento solo e indefenso, con miedo de morir dos veces. De pronto y de manera violenta siento como me estrello contra algo sólido ¿algo sólido? Estoy soñando, pero el dolor que siento es real, es muy real, tanto que me hace perder el conocimiento.

Instantes después, me despierto, abro los ojos pero no veo nada ¿estoy ciego? El color negro cubre mi campo de visión. Creo que estoy tumbado en un espacio muy estrecho. Intento salir, pero algo me lo impide. Se supone que soy un espíritu, ¿por qué no puedo traspasar objetos? Noto como una gota de sudor me resbala por la cara y de manera inconsciente se introduce en mi boca, siento la sal que lleva ¿acabo de recuperar el gusto? Consigo oler algo parecido a madera putrefacta y tierra mojada ¿vuelvo a tener olfato? De manera casi inconsciente me revuelvo y noto como me falta el aire. Empiezo a gritar y a arañar la madera del minúsculo lugar en el que me encuentro. De pronto abro los ojos, no veo nada, creo estar ciego, por suerte oigo una voz familiar.

– ¿Estás aquí dentro?

– Sí ¡Sácame de aquí!

– Allá voy.

Noto algo enorme caer al suelo y tras esto, un ruido metálico golpear la tierra una y otra vez. En un instante consigo ver algo de luz en uno de los huecos de la madera podrida. Empujo con todas mis fuerzas hacia arriba y consigo salir de aquella estancia.

Miro a mi alrededor y no puedo creerlo, estoy en medio de un cementerio, la luz de la Luna deja ver el brillo de las lápidas que hay a mi alrededor. Casi me da un vuelco cuando me giro y veo una lápida en la que pone:

“En memoria al mayor asesino de todos los tiempos, ha vivido matando y maltratando. La muerte nos hace pagar a todos, aquí te ves, sin importarle a nadie.”

***B. Breeg. “El Preso”
– /1895***

No lo podía creer. Había muerto y resucitado, estaba ante mi propia lápida, acababa de salir del ataúd en el que me enterraron. Era de noche y por suerte el cementerio estaba cerrado. Así pues fui a tientas hasta la salida, salté la verja y de manera instintiva me dirigí a casa.

Había pasado mucho tiempo desde que morí, o eso creo, pues en el plano celestial el tiempo es eterno y es absurdo intentar controlarlo. Cogí la llave que escondía bajo una teja rota, era la más baja de todas, en la primera planta, por lo que era fácil conseguirla subiendo al tejado aprovechando las rejas de la gran ventana que había junto a la puerta. Abrí la puerta y chirrió como siempre, unas cuantas telarañas se enredaron en mi cabello cuando entré. Puedo afirmar que nadie entró allí desde que me fui. Eché un vistazo al pequeño salón de casa, todo estaba igual cada cosa estaba en su sitio.

Subí las escaleras corriendo y entré en mi cuarto, busqué unos instantes mi escritorio y allí estaba. Mi libro seguía ahí, tal y como lo había dejado cuando me apresaron. Ordené hoja tras hoja cada página de mi libro y al fondo de todas estaba la foto de mi madre. Me detuve a verla lentamente una vez más y después me miré al espejo, después de largo tiempo sin verme reflejado en ningún sitio.

No recordaba mi imagen humana, un chico con algo más de veinte años. Con el cabello negruzco y rizado, ni muy largo ni muy corto, lo justo. Alto y corpulento, con músculos marcados a causa de peleas, asesinatos y palizas en las que había participado en vida. Me fijé en mis ojos azules y mi mandíbula marcada. Me había quitado la barba poco antes de que me apresaran, motivo por el cual mi barba no era densa, pero sí que hacía acto de presencia. Mi boca me recordó tanto a Charlotte, ella decía que tenía la sonrisa más hermosa del mundo. De forma involuntaria sonreí ante el espejo al recordarlo.

Me dí un remojito y me cambié de ropa. Bajé al salón y le pedí a la Muerte su túnica, ella accedió y me la cedió. Antes de ponérmela la miré. Era una mujer delgada, con un cuerpo indescriptible, más que hermoso, cubierto por un vestido negro que le tapaba todo. Su cara me resultaba muy familiar, tenía el perfil de una mujer preciosa, ojos azules y grandes, cabello oscuro y brillante y unos labios carnosos naturalmente rojizos. Cual fue mi sorpresa al girarse y ver que el otro perfil de su cara era la mitad de un cráneo de color blanco reluciente. ¿Su cuerpo era así de verdad?

– Sí, tengo una mitad humana y una mitad esqueleto.

Tras normalizar el aspecto de la Muerte me dirigí al prostíbulo donde trabajaba Charlotte. Todo estaba en silencio aquella noche y entré sin que nadie se percatara, fui recorriendo pasillos y abriendo puertas, hasta que encontré la habitación de Charlotte.

Ella dormía plácidamente. La desperté y comenzó a gritar. Le tapé la boca lo antes que pude para que no despertara a nadie. No podía verme la cara pero creo que reconoció mi voz, pues se tranquilizó cuando le dije:

– Cálmate. Lo único que te pido es que mañana por la mañana entres en la casa de Breeg. Allí te diré qué hacer.

– Benjamin, ¿eres tú?

No respondí. Me limité a repetir las palabras que me dijo la Muerte y, al instante, hice que cayera rendida por el sueño. Así abandoné el prostíbulo y me fui a casa.

Cuando llegué, me encontré a La Muerte despierta mirando la foto de mi madre de forma muy meticulosa. Casi ni me había oído entrar. Me acerqué a ella y vi que su perfil humano estaba llorando. No sé por qué razón, pero no me importaba, le quité la foto de las manos y me limité a abrazarla. Era un abrazo inocente, como el de una madre. Esperé a que se calmara para que me contara lo que le sucedía, pero no me dijo nada, simplemente me miraba con cara de tristeza y luego a la foto. No entiendo lo que estaba pasando. Me limité a darle las buenas noches e irme a dormir.

A la mañana siguiente, muy temprano, me desperté e hice algo de desayuno, no porque fuese necesario, sino para sentirme más humano. La Muerte se encontraba calmada, sentada en el mismo sillón de anoche. No había rastro de la foto. Estuvimos esperando durante tres horas hasta que el timbre sonó. Había llegado la hora. Subí las escaleras y me quedé en mi cuarto, desde donde lo podía oír todo, la Muerte se había transformado en una anciana y sabía lo que tenía que hacer.

* * *

Abrí la puerta y allí estaba Charlotte, tenía el vientre muy hinchado ¿estaba embarazada? Mi reacción fue hacerla entrar para que se sentara lo antes posible. Estaba nerviosa, sus ojos reflejaban desesperación y su respiración estaba agitada. Para romper el silencio sepulcral del ambiente intenté entablar una conversación con ella.

- No diré mucho. Estoy aquí para ayudarte a salir del lugar en el que estás, seguro que no te negarás, algo me dice que vives arrepentida.
- Algo así señora, la verdad es que me he equivocado muchas veces en esta vida, engañé a mi marido, lo cambié por otro, lo convertí en un asesino e hice que lo ahorcaran. Ahora que ya no está, me doy cuenta de lo que he perdido. No voy a equivocarme nunca más.
- ¿Qué le dirías a Benjamin si estuviera aún aquí?
- Que la criatura de mi vientre es suya. Señora, no quiero ser grosera, pero ¿qué hace usted en esta casa?
- Lo que yo haga aquí no es importante, joven. Sin embargo, lo que vas a ver ahora sí es de suma importancia.

* * *

Justo cuando la Muerte dijo eso bajé las escaleras lo más rápido que pude y me fundí en un abrazo con Charlotte. Todo fue tan rápido que no le dió tiempo a reaccionar. Cuando me separé de ella le conté que no me quedaba mucho tiempo aquí y que hiciera un par de cosas por mí para mejorar su vida y la de su hijo.

Me preguntó cada cosa mil veces, no se creía que había vuelto. Para demostrar mi muerte, me desabroché los primeros botones de la camisa, dejando mi cuello al descubierto, donde se encontraban las marcas de la cuerda con la que me ahorcaron. Ella comprobó al instante que todo lo que había dicho era cierto y le pedí que lo hiciera por su bien. Estuvimos el resto del día limpiando la casa para que se trasladara allí cuanto antes.

Al anochecer ya estaba todo hecho. El final de mi estancia en la Tierra estaba cerca. Le dije que la quería, que nunca había dejado de hacerlo, por muy muerto que estuviera, pese a todo lo que me hubiese hecho. Le dije que no importaba. Que allí arriba no se estaba tan mal y que si se me permitía, volvería a verla otra vez. Ella rompió en llanto y cada lágrima que soltaba se convertía en una espina directa a mi corazón.

Me dijo que estaría bien, que cuidaría de nuestro hijo, que me echaría de menos, mucho. Que sentía todo lo que me había hecho pasar, que estaba arrepentida y la conciencia la mataba por dentro. Que nuestro hijo llevaría el nombre de su padre.

Al oír esto la abracé con todo mi amor, fue cuando la perdoné por todo. Cuando conseguí eliminar el peso de su conciencia y acercarme más al descanso eterno. Ahí fue cuando menos quería irme y cuando más quería quedarme con ella. Pero sabía que no podía ser y la impotencia se convertía en lágrimas, pero no quería llorar, no quería hacer que se sintiese peor, que me echara mucho más de menos, que esta despedida fuera aún más dolorosa.

Le aparté el cabello de la cara para admirar su belleza una vez más. Era una diosa, su cabello brillaba con la luz de la Luna, sus ojos hinchados por el llanto me miraban con tristeza, sus labios entreabiertos se preguntaban por qué sin mediar palabra, su piel supuraba amor puro.

Me costó tanto separarme de ella para siempre. Me sentí hecho pedazos. Le dí un beso en la mejilla y le susurré al oído lo mucho que la quería. Después de eso, me separé de ella, cerré la puerta y me fui. No dije adiós porque no quería que doliera más.

Volví al cementerio, donde me esperaba la Muerte, allí me volví a encerrar en aquel ataúd para que después me cubriera con Tierra y volviera a colocar la lápida en su sitio.

Sentí como me ahogaba lentamente, no podía respirar. Poco a poco entré en trance, perdí el conocimiento y al recuperarlo, volví a ser un espíritu carente de cuerpo terrenal. Todo había salido bien.

La Muerte me recibió con un abrazo y sacó de un hueco de su túnica la foto de mi madre, después me la dió y la miré. Algo se despertó en mí, volví a mirar la foto y después a la Muerte, eran la misma persona. Mis ojos quedaron como platos al percatarse de ello. La había encontrado. Solo alcancé a decir:

– ¿Mamá?

Ella no dijo nada, simplemente me abrazó en medio del silencio. Yo recibí ese abrazo esperando una respuesta, pero no dijo nada.

– Eres tú, por eso me abandonaste, por eso no podías hacerte cargo de mí, porque tu trabajo te lo impedía. Por eso me estás ayudando a encontrar mi lugar ¿no es así?

– Nada es seguro del todo.

No dijo nada más, simplemente me estrechó entre sus brazos un poco más fuerte. Tras esto me retiré durante un tiempo a reposar mi alma, habían sido demasiadas emociones juntas para alguien que llevaba muerto tanto tiempo. Un fragmento de mi libro vino a mi mente después de aquella conversación con la Muerte.

Tanto en el mundo terrenal como en el celestial, no hay nada seguro. No existen fórmulas perfectas, remedios para curar cualquier mal ni éxitos prometidos. Las estrellas no están fijas en un mismo punto, los planetas no siempre giran a la misma velocidad, las nubes nunca derraman las mismas gotas de lluvia, el cielo tiene más de un color y el Sol nunca brilla con la misma intensidad.

El preso, 08/02

“Epílogo”

La Muerte me esperaba. Yo estaba dispuesto a una nueva aventura, pero había pasado mucho tiempo desde que bajé a la Tierra en forma humana, así la Muerte me dijo que hoy era el día de ver cómo estaba Charlotte. No salí de ningún ataúd ni nada parecido, pues esta vez no venía a ayudar a nadie. Así fue como bajamos a aquella ciudad perdida de la mano de Dios una vez más, para ver como seguía todo.

Recorrimos la ciudad y en cada esquina había un cartel anunciando mi libro. Había sido el más vendido en todo el país, lo habían añadido en miles de bibliotecas y miles de jóvenes lo leyeron como lectura obligatoria para sus estudios. Visitamos varias librerías y en todas ellas se hallaba mi libro en el escaparate. Miré detenidamente la portada de piel roja grabada con letras negras que decía:

***Condenado a la Eternidad
Escrito por un ahorcado sin lugar a donde ir***

***“El Preso”
B. Breeg***

Cuando vi la importancia que se le había dado al libro solo pensé en una cosa: Charlotte. Fui a casa y allí la encontré tan hermosa como siempre, más feliz que nunca. Había hecho lo que le pedí, llevó el libro a la imprenta y confió en mi capacidad como escritor. Me deshice de mis pensamientos cuando oí un llanto y la ví dirigirse a la planta de arriba. La seguí y allí, en una cuna, se encontraba el niño más hermoso que había visto nunca. Charlotte lo cogió en brazos y lo arrulló mientras decía con voz dulce:

– Cálmate pequeño Benjamin.

La ternura que sentí en ese instante fue enorme, tanto que solté un suspiro profundo. Se supone que siendo un espíritu no podía interferir en el mundo terrenal, pero el aire que solté hizo que el cabello de Charlotte se agitara suavemente y, cuando el suave viento rozó al niño, se calmó de inmediato y soltó una risilla de alegría.

Charlotte miró la habitación para comprobar que no había nadie más allí. Sonrió y le dijo a la criatura:

– Tengo la sensación de que papá te ha visto llorar y no quería verte triste.

Era un espíritu y no podía llorar pero, en el caso de que no lo fuera, las lágrimas me resbalarían por la cara. Me acerqué a ellos y los abracé sin que se percataran. Se podría decir que era un abrazo de reencuentro, al menos para mí.

Tras esto, volví donde se encontraba la Muerte y mientras volvíamos al mundo celestial le pregunté:

– ¿Algún día conseguiré encontrar mi lugar?

– Por supuesto que sí, pero quedan muchas heridas por cerrar y muchos errores por corregir aún, ¿estás dispuesto al trabajo que eso supone?

– Por supuesto que sí, cuando consiga la felicidad de la gente que perdió a un ser querido por mi culpa, conseguiré la mía propia.

– Bien dicho, porque nos quedan muchas personas por ayudar.

– ¿Quién será la siguiente persona ?

– Lo veremos muy pronto Benjamin, pero no hoy.

FIN